

UNA REGION AL BORDE DEL CAOS

Ofrecemos al lector una verdadera monografía sobre la situación y los problemas del Oriente Medio. Creemos haber enfocado todos los aspectos que, desde el ángulo de la política internacional, interesan y cuentan a la hora de tener que emitir un juicio de valor sobre las complejas realidades de una región que, por su importancia en la estrategia y en la economía del mundo, como aquí puntualizan solventes especialistas, ocupa con razón un puesto preferente en la consideración de las cancillerías.

El Oriente Medio es una zona neurálgica. Desde que terminó la guerra en 1945, los países de aquel sector han vivido en trance de peligro y de crisis. No hay apenas estabilidad en ningún Gobierno. Fuerzas múltiples minan la autoridad y trabajan por una mutación de las estructuras. Israel ha surgido como piedra de contradicción para el estancado tradicionalismo árabe. En los últimos meses se ha puesto de relieve que, pese a la traída y llevada tesis de la unidad árabe, los países de la Liga hablan idiomas políticos diferentes y aún contrarios. La reunión de la Liga Árabe, en las postrimerías del verano, sirvió exclusivamente para comprobar que las realidades son más fuertes que las definiciones. Lo árabe es un concepto que, de tan fluído, se desvanece en el aire.

Egipto abandonó la Liga, ante las acusaciones terminantes de ingerencia que Siria había formulado y que la mayoría de los miembros se mostraba dispuesta a analizar. ¿Qué habría pasado si Egipto resistiera y no se va de la reunión de la Liga? Juzgadas las cosas *a posteriori*, se advierte que Egipto, bien informado de las tendencias en pro y en contra suya, quiso evitar, si no una condena expresa, al menos una censura mayoritaria. Pues, efectivamente, tal

como se habían alineado los delegados en el debate, Egipto no iba a contar a su favor más que dos o tres votos.

Esto revela una nueva situación de fuerzas en el mundo árabe. Ha desaparecido prácticamente la apariencia de unidad que la Liga aun con todas sus limitaciones y su reiterada inoperancia, le confería. Y hoy ese sector es un mosaico de rivalidades manifiestas y de hostiles antagonismos. Apenas el neutralismo libanés se puede mantener a flote, combatido por infiltraciones que unas veces proceden de El Cairo y otras de Damasco, además del fermento de inquietud que supone el clandestino activismo comunista. El problema de las minorías disconformes, sobre todo por motivos étnicos y culturales—kurdos, armenios—ha rebrotado con renovado ímpetu, principalmente en el norte de Iraq y zona limítrofe de Turquía, pero las chispas de la rebelión se hacen sentir en todo el sector. Rusia atiza el fuego con fines políticos: expansión de su influencia. Con un malabarismo propio de la época del oportunista Jruschef, el Kremlin reparte sus favores entre Nasser y Kassem, implacables enemigos mutuos. Aunque, analizada detenidamente esa política de Rusia, se la ve tarada por la indecisión, como si de verdad Rusia no confiara ni en Nasser ni en Kassem, a los que alternativamente utiliza para minar con el ejemplo de sus respectivas revoluciones lo que aún resta de arcaico tradicionalismo feudal en Jordania, en Persia, en Arabia, etc. Y prueba de ello son las periódicas intenciones de golpe de Estado que en esos países tradicionalistas se vienen sucediendo con intervención de agentes egipcios o iraquíes. Sólo cuando estos agentes, por uno u otro motivo circunstancial, no pueden actuar, aparecen a las claras los agentes soviéticos. Así ha sucedido en la primera fase de la revolución yemení, hasta que Egipto pudo destacar en apoyo de ella unidades de paracaidistas y equipos técnicos de administración y de propaganda.

Actualmente, el complejo de los países del Oriente Medio se compartimenta en tendencias que no es posible integrar. Aparte la especial situación de Turquía y Persia, relacionadas por muy positivas vinculaciones militares y económicas al mundo occidental, podemos perfilar estos bloques: Egipto-Yemen, Siria-Iraq, Jordania-Arabia. A la expectativa y tratando de ser, sin conseguirlo, la Suiza del Oriente Medio, está el breve y periclitante Líbano, con su balanceada estructura—mitad cristiano, mitad musulmán—y su induda-

ble superioridad cultural. Sólo un punto de formal coincidencia podemos notar ahora en los países árabes: su aversión a Israel, ese «occidental» que les ha salido en Palestina. Ahora bien, si Israel no existiera, los países árabes probablemente ya habrían entrado en fricción, como tantas veces ha ocurrido. Pues el error de los árabes consiste en crearse un pueblo solo, cuando uno de sus problemas básicos es el de las minorías. No hay realmente un pueblo árabe puro, ni siquiera hay una unidad religiosa homogénea. Aún dentro del islamismo, vohabitas, sunnitas, chiítas no se dan cuarteles en sus rencillas. Por eso, los nacionalistas árabes tienen en la existencia de Israel su más firme argumento para aglutinar esfuerzos. Si un día el nacionalismo árabe lograra de veras ponerse de acuerdo y borrar del mapa a Israel, lo más cierto es que el día siguiente empezase la lucha interna hasta que el «extranjero» de turno viniese a imponer una autoridad y una disciplina como un día lo hizo el persa, otro día el turco, otro día el inglés y el francés... ¡Quiera Dios que no venga a hacerlo el ruso! El peligro de que esto suceda, sería inconsciencia negarlo. De ahí la atención alertada con que es preciso mirar la fenomenología política del Oriente Medio, región en período plasmativo, con ancestrales resentimientos de servidumbre y con la agobiante sensación de miseria actuando sobre sus masas. Sólo un entendimiento con Israel podría hacer surgir la fuerza catalizadora para que el mundo árabe se fuera desde dentro transformando a imagen y semejanza de Occidente. Pero tal eventualidad no se avista en el horizonte. Nunca se han entendido, a pesar de su progenia semítica común, los hijos de Jacob con los de Israel. Pero habría que decirles a los árabes—y en su tanto, a los judíos—que, a veces, para salvarse, hay que hacer de la necesidad virtud, ya se está viendo que Israel es una realidad positiva y, en no pocos aspectos, ejemplar en la región; ¿por qué no aceptarla y aprovecharla de levadura transformadora? El mismo problema de los refugiados de Palestina no tiene solución al margen de Israel. Lo inconcebible es que el prejuicio, la pasión y el fanatismo racial cieguen hasta tal punto a los dirigentes árabes, que no vean lo que doce años de tregua peligrosa han demostrado, a saber, la inviabilidad de los afanes reivindicacionistas, como no sea dentro del marco de una confederación semita en que Israel pondría la técnica, la

industrialización y una fórmula política idónea para los nuevos tiempos. Comprendemos que sea doloroso para los árabes asimilar esa evidencia, pero también sería fecundo: algo así como nacer del actual caos de rencores a la luz de una historia nueva. ¿Queda otra solución humana que la de convivir en paz árabes y judíos?

Los asuntos del Yemen siguen confusos a la hora de trazar este comentario. La revolución desencadenada por el coronel Sallal tuvo, desde un principio, más similitud, por lo sangrienta, con la de Kassem que con la de Nasser, pero el hecho indudable es que, quizá por la cercanía y la posibilidad de ayuda inmediata, Sallal se ha careado hacia Egipto de una manera abierta. El pacto de mutua ayuda que había sido concertado en 1958 entre el régimen monárquico-feudal de Yemen y el régimen republicano de Egipto, ha sido invocado como justificación para el envío de tropas egipcias en apoyo de Sallal, contra el que se alzaron varias tribus, azuzadas y armadas, desde Arabia, por el príncipe Hassán. Regresó éste, con toda urgencia, de Nueva York, donde representaba a su país ante la O. N. U., y se proclamó imán suponiendo cierta la anunciada muerte de su sobrino Mohamed El Badr. Pero la realidad era que El Badr, aunque herido, había logrado huir de entre los escombros de su palacio bombardeado y ponerse al frente de una guerrilla en la montaña. Al saber esta noticia, parece que los ánimos de Hassán y sus seguidores experimentaron fuerte desaliento.

¡Como que «su» causa era, de pronto, la causa de El Badr, el príncipe que quiso modernizar el régimen medieval de Yemen, sin que por eso lograra frenar la conjura tramada por el mismo hombre, Sallal, a quien había nombrado, días antes, jefe de su ejército! La paz no está asegurada todavía por el nuevo régimen de Yemen. Hay zonas rebeldes al poder central republicano. Verdad que éste parece irse afirmando. No obstante, son pocos los países que lo han reconocido: Egipto, Rusia, los «satélites», la República Federal alemana, etc. Pero los Estados Unidos y la Gran Bretaña se muestran remisos a adoptar una decisión hasta tanto que el desarrollo de los acontecimientos aclare la situación yemení. Sallal ha replicado a esa actitud declarando decaídas de sus derechos las concesiones otorgadas por el anterior régimen a las compañías anglosajonas para realizar perforaciones en busca de petróleo en el país.

El clima de inquietud, tan «normal» durante los últimos lus-

tros en el Oriente Medio se ha exacerbado ahora por el claro enfrentamiento de los regímenes revolucionarios de Egipto y Yemen con las monarquías de Jordania y de Arabia. Los reyes Hussein y Saud han resuelto solidarizarse en el terreno militar, estableciendo un mando único y solicitando apoyo a Inglaterra y Estados Unidos. Simultáneamente, ambos monarcas han reorganizado sus Gobiernos. Pero la oposición contra Saud y Hussein ha tomado incremento y desde El Cairo la inspira y dirige el príncipe Talall, medio hermano del primero. ¿Estamos en vísperas de nuevas conmociones revolucionarias en el Oriente Medio? Es la pregunta que levanta la sombra de su interrogante sobre la geografía árabe.

ESTUDIOS